

Comentarios sobre el artículo Integración centroamericana, una (re)visión crítica y estratégica del autor Ricardo Sol Arriaza

René Martínez Pineda
Sociólogo, UES

Pensando en todas las implicaciones culturales que tendrá -o tendría- un proceso real de integración de Centro América, me viene a la memoria una frase de Gabriel García Márquez: “el cambio de personalidad es una lucha cotidiana en la que uno se rebela contra su propia determinación de cambiar, y quiere seguir siendo uno mismo”. De la mano de cinco hipótesis de reflexivas, que van



desde las lecciones aprendidas por nuestros países a lo largo de sus historias, hasta la reforma institucional como un desafío sin fin, Ricardo Sol nos conduce hasta el territorio de la integración como un proceso de larga data que tiene de crítico y tiene de estratégico si queremos afrontar con nuevas fuerzas y oportunidades el futuro de Centro América, la patria grande que insiste, desde los años posteriores a la independencia, en su necesidad de ser “pequeña” para felicidad de los países que son “grandes”.

Un buen escrito siempre genera inquietudes de orden epistemológico, y al decir buen escrito hago referencia a que tiene un constructo teórico coherente y a que es

pertinente. La integración regional aparece, por lo general, bajo su perfil de proceso económico -per se-, pero también puede ser analizada como un hecho sociológico debido a que los sujetos sociales establecen o modifican relaciones específicas en un contexto geopolítico, geoeconómico y, sobre todo, geocultural de nuevo tipo. Si la analizamos en términos sociológicos, los sujetos que quedarán inmersos en una integración regional van a reproducir, desde sus imaginarios, una serie de nuevas prácticas económicas, políticas, sociales y culturales subsumidas en la integración económico-comercial -preferentemente- haciendo de ella, por su legitimidad, una institución social más allá de los Estados. En ese sentido, la fundación estructural, las expectativas colectivas y los intereses particulares de esas prácticas se funden en “otra” personalidad social integrada.

El análisis de la integración regional, leyendo entrelíneas la propuesta de Ricardo Sol, nos conduce a sus características económico-comerciales -en tanto acto originario-, pero va más allá al plantearla en el marco del Estado y, con ello, en el marco de reacomodamiento de la soberanía nacional (y dentro de ella las políticas públicas) para el libre comercio y para el proceso burocrático y el político-electoral. Esto último nos recuerda que, como propuesta contra viento y marea, la cuestión de la integración política regional ha sido recurrente (los resabios de los viejos intentos del SICA en tanto supuesto institucional ineludible e improrrogable, en palabras de Ricardo Sol), como recurrente ha sido que se le haya tratado como idea retórica y como discurso demagógico, incluso por los gobiernos llamados “de izquierda”.

Ahora bien, en este número abordamos la integración regional desde lo que podríamos llamar sociología de la combinatoria sociocultural, debido a que las poblaciones involucradas vivirán en una sociedad en la que sentirán, como algo nuevo, los efectos del intercambio económico regional que será a su vez un intercambio político y cultural en el que, pongamos por caso, la cuestión de la seguridad ciudadana será un factor fundamental que, seguramente, tendrá como su referencia lo que se está haciendo y logrando en El Salvador. Ahora bien, en ese proceso hay que ponderar el peso de los imaginarios específicos (vistos, hasta el

momento, como imposibles de mezclar para no trastocar la visión de feudos), es decir el problema de la identidad nacional y la comprensión de los escenarios en los que se van a desenvolver, sin revolverse en el entramado de las negociaciones y las alianzas.

En esa lógica, el análisis sociológico de la integración regional debe considerar, al menos, estos factores condicionantes: en primer lugar, el contexto social-mundial en transición que está dirigiendo su brújula hacia China: en segundo lugar, los procesos políticos que llevan hacia una sociedad divergente en las que la democracia no se ate a los partidos políticos de la mano de rebeliones electorales como la de El Salvador en 2019 y 2021; en tercer lugar, la paradoja cultural -la dialéctica sin dialéctica- que vivirán los sujetos inmersos en la integración cuando lleven a cabo interacciones sociales más allá de sus fronteras, lo cual tiene que ver con el sentido de pertenencia individual y colectivo y, en este caso, deberíamos decir “sentido de pertenencia nacional y regional”.

Después de muchos intentos de iniciar el proceso real de la integración centroamericana con tibios ensayos institucionales y retóricos que se acogían al concepto de regionalismo, y a tres décadas de la firma del llamado Protocolo de Tegucigalpa –en el que se aviva, como acto burocrático, el Sistema de Integración Centroamericana (SICA)- puede decirse que el fantasma de la integración centroamericana deambula en el claroscuro gramsciano entre la patria unida y las patrias desunidas, institución que ha dedicado la mayor parte del tiempo en discutir sobre las fortalezas y las debilidades de la integración en lugar de constituirla como tal. En estos años, la región centroamericana ha transitado –en medio de traiciones, privatizaciones y aumento de la delincuencia- de la guerra a la paz de una guerra social, razón por la cual no se ha logrado superar la desigualdad social a través del desarrollo social que, por lógica económica, sólo es posible integrando la región. Esa transición regional explica (sobre todo la guerra social que ha costado más muertos y erogación de recursos financieros que las guerras civiles mismas) que las situaciones de pobreza, de desigualdad, de falta de oportunidades estructurales y de exclusión social deliberada sigan siendo profundas en la región, no obstante el

cese de las hostilidades bélicas y cierta gobernabilidad política (fundada en la corrupción e impunidad) que, como paradoja, ha propiciado en la actualidad el descrédito e impopularidad de los partidos políticos en toda la región.

En todo caso, tal como lo plantea Ricardo Sol, la integración regional es, por sobradas razones, el instrumento idóneo que puede permitir enfrentar los desafíos internacionales en un mundo que se recompone desde la descomposición del dominio norteamericano y puede mejorar, acelerar y democratizar los factores del desarrollo regional para mejorar las condiciones de vida de una población total de más de cincuenta millones de habitantes (ver tabla 1).

Tabla No. 1

2021: Población de Centro América por país e Índice de Desarrollo Humano

| País | Población | Índice de Desarrollo Humano |
|------------------------|------------|-----------------------------|
| Belice | 430,000 | 0,683 |
| Guatemala | 17,109,746 | 0,627 |
| Honduras | 10,117,000 | 0,621 |
| El Salvador | 6,314,167 | 0,675 |
| Nicaragua | 6,850,540 | 0,667 |
| Costa Rica | 5,180,000 | 0,809 |
| Panamá | 4,351,267 | 0,805 |
| Región centroamericana | 50,352,720 | |

Fuente: informe del Sistema de Integración Centroamericana SICA tomado de: <https://www.sica.int/region/gente>

Ahora bien, como región, Centro América tiene muchas carencias y disparidades sociales, ubicadas en el piso de los indicadores, ante lo cual la integración es la

herramienta político-administrativa que le permitiría posicionarse con más ventajas en el tinglado económico internacional y, siendo así, consensuar los intereses particulares de cada país no debería ser ningún obstáculo si se ve a la región como una visión compartida, estratégica, de largo alcance y beneficiosa para las mayorías, independientemente de los partidos políticos que estén al frente de los gobiernos de cada país, es decir, para usar las palabras de Ricardo, vencer el separatismo a través de la institucionalidad regional.

Reflexionando sobre las cinco hipótesis planteadas por Ricardo Sol se puede arribar a cinco puntos de la agenda integracionista: 1) la integración no burocrática de sus mercados para abrir un mercado nuevo con pautas ventajosas en el comercio internacional y en el fomento de la inversión; 2) la integración real en términos socioculturales y políticos que garantice la libre y expedita movilidad de las personas, no sólo de las mercancías, en función consolidar o refundar el sentido de pertenencia regional, sin deslegitimar la pertenencia nacional, mejorando la calidad de vida y la participación real en los procesos sociopolíticos; 3) uso regional de las remesas para que sean un factor de desarrollo social y estabilidad democrática; 4) protección del medio ambiente y políticas globales frente a las catástrofes naturales sobre la base de la creación de una legislación ambiental regional; y 5) como tema más relevante en la integración, la seguridad ciudadana (afrontar el problema de la paz, dice Ricardo Sol) para que la región no sea un nicho de delincuentes concretando una política de seguridad territorial.

Finalmente, será el lector del ensayo de Ricardo Sol el que construirá sus propias conclusiones y, seguramente, pensará en otras estrategias regionalistas para hacer de Centro América la gran nación sin perder las nacionalidades, en tanto que la integración sería el factor para desintegrar la sociedad centroamericana tal como la conocemos hasta hoy y convertirnos, como región, en constructores de la historia, y no en simples sufridores de la misma.